

# GABRIELA MISTRAL Y LOS MUSICOS CHILENOS

por

*Jorge Urrutia Blondel*

Tras siete días de diálogo con la siempre Presentida, el día 10 de febrero de este año fue el destinado para la transfiguración y muerte de la gran elquina, aquella que nos regalara ritmo, belleza y amor hasta hacernos pecar de orgullo. A éste siguió la repentina soledad del chileno, aún de aquel que no acusara vecindad interior con ella. Fue, al menos confesión de gentes de toda laya. Pero otras, que constituyen legión muy especial, estuvieron meditativos. Sobrios y concentrados por naturaleza, los músicos —y especialmente los compositores chilenos— fueron los que, por ser modeladores de sonido, aparecieron más paradójicos; guardaron silencio... tal vez por ser conocedores del tremendo significado expresivo y valor que éste tiene en su Arte.

Me atrevo a romperlo, débil y tímidamente, a nombre de muchos, ahora que el momento de la congoja se ha transmutado en sosegada evocación. Ya median meses que ella reposa en la "tierra humilde y soleada".

Tenían varias razones nuestros músicos para su dolida meditación.

Una de ellas es de orden general. Bien se sabe que la música, en principio, es Arte que se basta a sí mismo. Lo han demostrado su propia historia y el legado de sus Grandes. Sin embargo, los numerosos géneros mixtos de Arte, con la Música como armazón muy importante; aquellos en que ésta solicita la colaboración de la Poesía, la Danza, el Teatro, la Mímica, las Artes Plásticas, etc., han seducido siempre al compositor. Así, para él no ha constituido aventura rara, sino casi rutina, extender su sensibilidad y conocimiento hacia esos campos vecinos. Le ha sido necesario en la composición de una Opera, Ballet, Oratorio, Cantata o simple Lied. De este modo, aun fuera de su comarca, terminará por conocer, valorizar y disfrutar "per se" a los Grandes de otras Artes y sus Creaciones. Tal fenómeno —debemos reconocerlo con franqueza— no conoce siempre reciprocidad. El compositor

llega, así, a sentir bastante intensa la hermandad del infortunio, cuando cualquiera de esas otras manos creadoras se tornan mustias, deteniendo jornada y cosecha. Es el caso del compositor chileno frente al deceso de Gabriela Mistral. Más de alguno sintió, tal vez, que no habría podido jamás encontrar el tremendo y exacto acorde dolorido para plasmar el instante del cortejo al Camposanto. En todo caso, tal fue, al menos, la impresión del que esto escribe, quien, por razones circunstanciales, tuvo el doloroso privilegio de estar entre aquellos que alzaron el féretro para su entrega a la tierra.

Luego, hay razones específicas y especiales para que el compositor chileno sintiese la herida. Entre él y Gabriela Mistral surgió un fino pacto, que ya no puede romperse, cuando ella entregó sus primeros dones en el dominio de la Poesía.

Fue una alianza a primera vista.

Hilos milagrosos, afinidades indefinibles, matices inanalizables sedujeron a los compositores chilenos. En forma insensible, fueron acercando cada vez más su tienda a la fuente de inspiración, escamoteando centímetros entre una y otra, como deseando ensoñar y laborar bajo la misma lámpara. Todo esto, casi sin que la Poetisa se percatase de ello. Podría decirse que Gabriela Mistral llegó casi a abismarse de que toda esta extraña gente, manejadora de sonidos, llegase hasta su huerta para cosechar el buen fruto, tibio aún, más por la llamarada de la creación que por el buen estío. Luego, los vería alejarse cantando, ...y dibujando signos, para ella cabalísticos, unidos a los del fruto poético; fruto casi robado, como en jornada de rapaz.

Y es que nuestros músicos fueron buenos catadores de tales frutos. Tenían las cualidades más intrínsecamente ideales para su misteriosa elaboración; concisión, intensidad, hermosas sonoridades, ritmo interior casi más intenso que el exterior.

El verso ya cantaba sin el canto, urgiendo al sonido, imponiendo acordes, exigiendo la garganta humana, para decir lo que allí latía y desbordaba potencialmente.

De este modo, y en la medida de la mayor o menor precisión de la herramienta técnica o el grado de cultura y sensibilidad, con los diversos matices en el logro del producto mixto, casi todos los compositores chilenos acudieron a la generosa fuente común, a la cantera

inagotable, en busca de material para sus cantares. Encontraron la fina materia prima de toda la riquísima gama mistraliana; bíblicamente ascética y abrupta, tierna, desesperada, nostálgica, arrulladora o vehementemente. Allí había el dulce “fuego que no debe quemar” para las “Canciones de Cuna” y los cánticos de las madres; las que florecieron o las en potencia. Allí encontraron la flexibilidad llena de gracia, pero austera y precisa para las “Rondas” de niños. Allí el fuego “que todo lo debe quemar” propios a la Balada del Amor y el desamor, en sus formas más tremendas y devastadoras. Allí, también, lo misericordioso, lo reposado y lo sabroso.

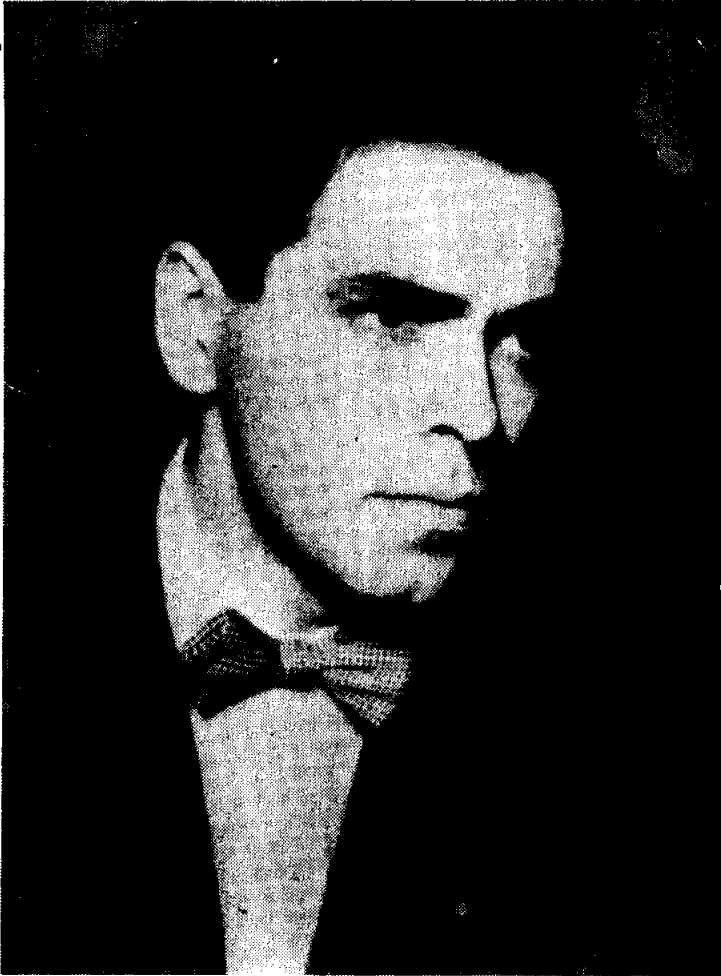
¡Todo un mundo para la Canción!

Bien saben todo esto cuando conocen a fondo la cosecha de la gran chilena, que ha dado reciedumbre, osamenta y ordenación expresiva y formal a un número tan grande de producciones musicales, que la lista —si fuese posible confeccionarla exhaustivamente— provocaría la más gran sorpresa, ya que la mayoría está inédita y muchas son absolutamente desconocidas. Aun, la lista parcial de los más logrado, ocupa aquí un espacio que no es posible ocupar. Además, siempre pecaría de incompleta.

En todos los estilos, calidades expresivas y técnicas, encontramos alianza de la poesía de Gabriela con la música de chilenos, y en las más diversas combinaciones; Lied para canto, con acompañamiento de orquesta sinfónica, pequeños conjuntos de cámara o simplemente piano. También para coros a voces iguales, voces mixtas, etc.

Asimismo, en toda la producción musical de allende las fronteras, especialmente en Latinoamérica, está presente la llama animadora de nuestra poetisa.

Por todo esto, nuestros músicos, y, en especial los compositores, deben tal gratitud a Gabriela Mistral, que juzgarían todo adjetivo menguado para expresarla, sobre todo cuando la fuente, donde tanto bebieron, recién ha llegado a la quietud. Afortunadamente, ésta es tan inmensa que, aunque ya no pueda recibir agua nueva, sobra y desborda la que contiene. Podrá abastecer a toda esta generación de creadores musicales y a cuantas le sucedan. Es agua ya circunscrita y dormida, pero tan pura, que siempre abrevará. Y más aún, cuando, conocida su



Abbey Simon

exacta anchura, aparezcan nuevos y preciosos motivos de estímulo sonoro. Esto será, cuando se realice la publicación de las obras completas, que muy ansiosamente esperan nuestros compositores.

Como chileno, músico y coterráneo de Gabriela Mistral, ya me tocó antes escribir otras líneas sobre ella con el mismo titular de ahora<sup>1</sup>. La ocasión, entonces venturosa, recepción del Premio Nobel de Literatura, dio motivo para un análisis más amplio y objetivo sobre el tema.

Ahora, en momentos de evocación, sin intenciones objetivas, estas nuevas líneas sólo pretenden enfatizar esa gran deuda, para siempre insoluta, que los compositores chilenos han contraído con la gran dispensadora del Verbo hecho Música que fue Gabriela Mistral, ya para siempre en su verdadera comarca.

## Semblanza de Abbey Simon

### *Entrevista*

Este joven pianista norteamericano pertenece a la pléyade de virtuosos que Estados Unidos ha formado durante las últimas dos décadas. Abbey Simon visitó Chile en 1955, ocasión en que ofreció una serie de recitales. Vuelve ahora a realizar su tercera jira por estos países, después de sus recientes triunfos europeos en actuaciones memorables que han fijado magníficamente su posición entre las grandes figuras pianísticas del momento, para actuar con la Orquesta Sinfónica de Chile, bajo la dirección del maestro Víctor Tevah.

Abbey Simon pertenece a una familia de científicos. Según sus propias palabras él es la "única oveja descarriada", el artista de la familia.

—Después de una niñez enfermiza, nos cuenta Simon, dejé mi hogar en Nueva York a los nueve años y me trasladé a Filadelfia, al Instituto Curtis, donde cursé todos mis estudios, trabajando con David Saperton y otros distinguidos profesores. Me gradué en 1939 obteniendo

<sup>1</sup> "Revista Musical Chilena", N<sup>o</sup> 9, enero de 1946.